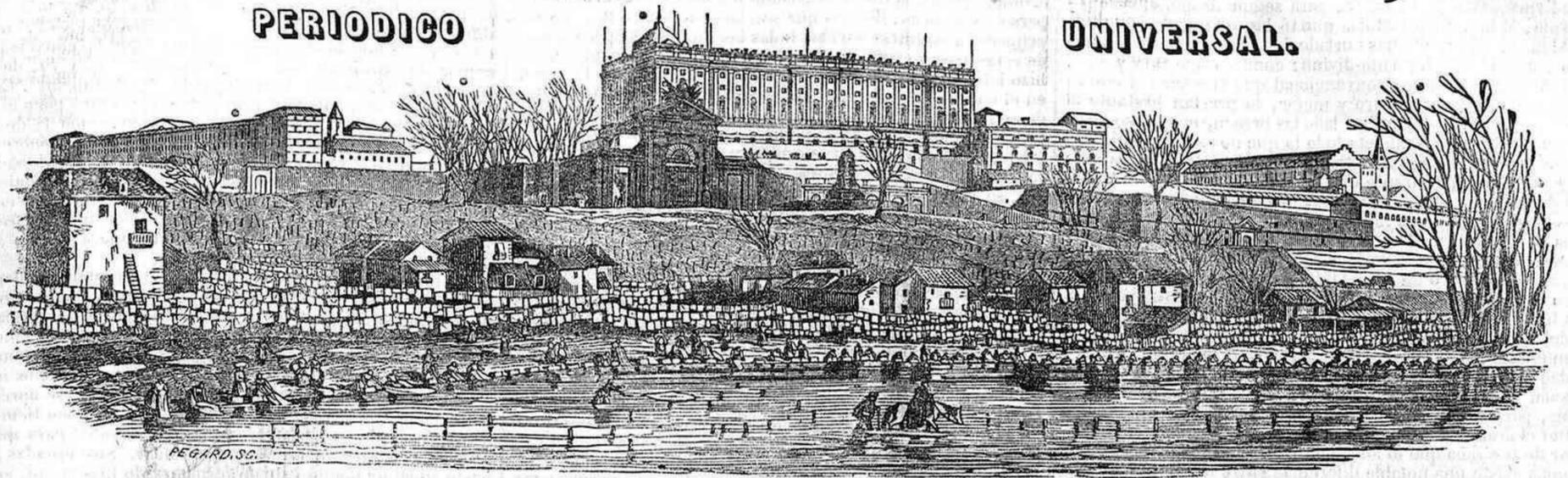


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 32.—SÁBADO 7 DE AGOSTO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

APLICACION DEL HIERRO AL ARTE DE LA DECORACION.

Sea cual fuere la importancia de los demás ramos de la industria inglesa, no hay otra tan variada en sus aplicaciones, ni tan nacional, como la del hierro.

Veamos pues qué partido han sacado los ingleses de la aplicacion del hierro al arte de la decoracion.

Es indispensable reconocer que los ingleses tienen una habilidad superior para manejar el hierro, supuesto que han conseguido amoldarlo a todas sus exigencias. Falta saber si han permanecido siempre dentro de los límites naturales, empleándolo en usos para los cuales siempre hasta ahora había parecido extraño.

Ellos creen que sí, y han sustituido audazmente el hierro colado al bronce, constituyendo candelabros y chimeneas con magníficas esculturas.

Los ingleses sin embargo no pueden menos de confesar que deben á otras naciones la parte artística de esta industria. Hace tiempo efectivamente que las balastradas para escaleras y las rejas para balcones, se fabrican de hierro colado en el continente, con un gusto y un lujo que excita la admiracion universal. Pero no nos corresponde la iniciativa en la introduccion de este metal en los salones, y como elemento de adorno en sus diferentes departamentos.

Esto consiste en que la hulla no es todavía en el continente el combustible principal, y en que el hierro colado, que conviene particularmente para los adornos de fogones en que se quema la hulla, apareceria pesado y sin gracia, si se emplease en la construccion y arreglo artístico de chimeneas destinadas á consumir leña.

Hace muchos años que en los gabinetes de estudio y en los talleres de Francia, se ven hornos cilindricos de hierro colado para la combustion del carbon mineral, pero no existen chimeneas con el mismo objeto. Algunos de dichos hornos son de gran lujo y producen muy buen efecto.

Creemos, no obstante lo espuesto, que una chimenea de hierro colado es muy fea y favorece muy poco á la elegancia de un salon, sea cual fuere el lujo de los adornos con que el artista la haya enriquecido.

Los ingleses opinan en sentido diametralmente opuesto.

Los prusianos han ido todavía mas lejos, y el hierro de Berlin ha adquirido cierta celebridad, en cuanto á su empleo en objetos de tocador. No hay por cierto quien no conozca las cadenas, los collares, los brazaletes, los broches y los pendientes de Berlin. Preciso es convenir en que estos artículos son muy lindos y de buen gusto, pero se-

mejante aplicacion del hierro colado es puramente accidental y poco normal, porque la delicadeza del trabajo vale mucho mas que la materia empleada. Esta es una de esas conveniencias generales, que se sienten mejor que se esplican, pero desde luego creemos que nuestros lectores nos han comprendido.

Los ingleses han trabajado, de algun tiempo á esta parte, muchos jarrones para jardines, así como banquetas y otras clases de asientos con el mismo destino, y todos de hierro colado. Respecto á este punto se dan la mano con los artistas franceses, pero se nos figura que unos y otros carecen de buen gusto y de criterio al obrar así, pues semejantes adornos nos parecen muy impropios de un jardin, y nada puede justificar su introduccion en él.

El yeso y las tierras crudas y arcillosas, ya sea con relieves y esculturas, ya sin estos adornos, tienen el privilegio de representar este papel para hermosear los jardines: debemos pues dejárselo, bien persuadidos de que el mas sencillo jarron de esta clase lleva inmensas ventajas á los mas preciosos de hierro colado.

Si los artistas aprecian tanto las reglas del buen gusto, si tanto se interesan por los adelantos del arte, ¿por qué se empeñan en sobrecargar sus obras de hierro colado con tantos adornos cincelados? Trabajen al menos esa sustancia con mas sencillez, y podrán darnos aplicaciones mas adecuadas á su naturaleza. Por último, si hemos de emitir con franqueza nuestro parecer, diremos que el hierro colado no tiene hasta ahora mas empleo, que le sea propio y natural, que el de las chimeneas modernas, rejas para balcones, balastradas y otros artículos análogos.

La muestra espuesta por Mr. Vaudré es magnífica. El

conjunto del dibujo es sumamente notable, pero las dos cariátides aparecen mal ajustadas, y se desprenden de las volutas de los ángulos. En cuanto al trofeo musical del centro, no casa bien con los atributos del otoño que dominan en toda la composicion. Por último, los dos ramos de rosas que se sobrepone al relieve de los tímpanos laterales, pertenecen al estilo Pompadour.

Si hemos sido severos al hablar de las aplicaciones del hierro colado, debe tenerse en cuenta que solo obramos así en interés del arte, y por consiguiente de la industria.

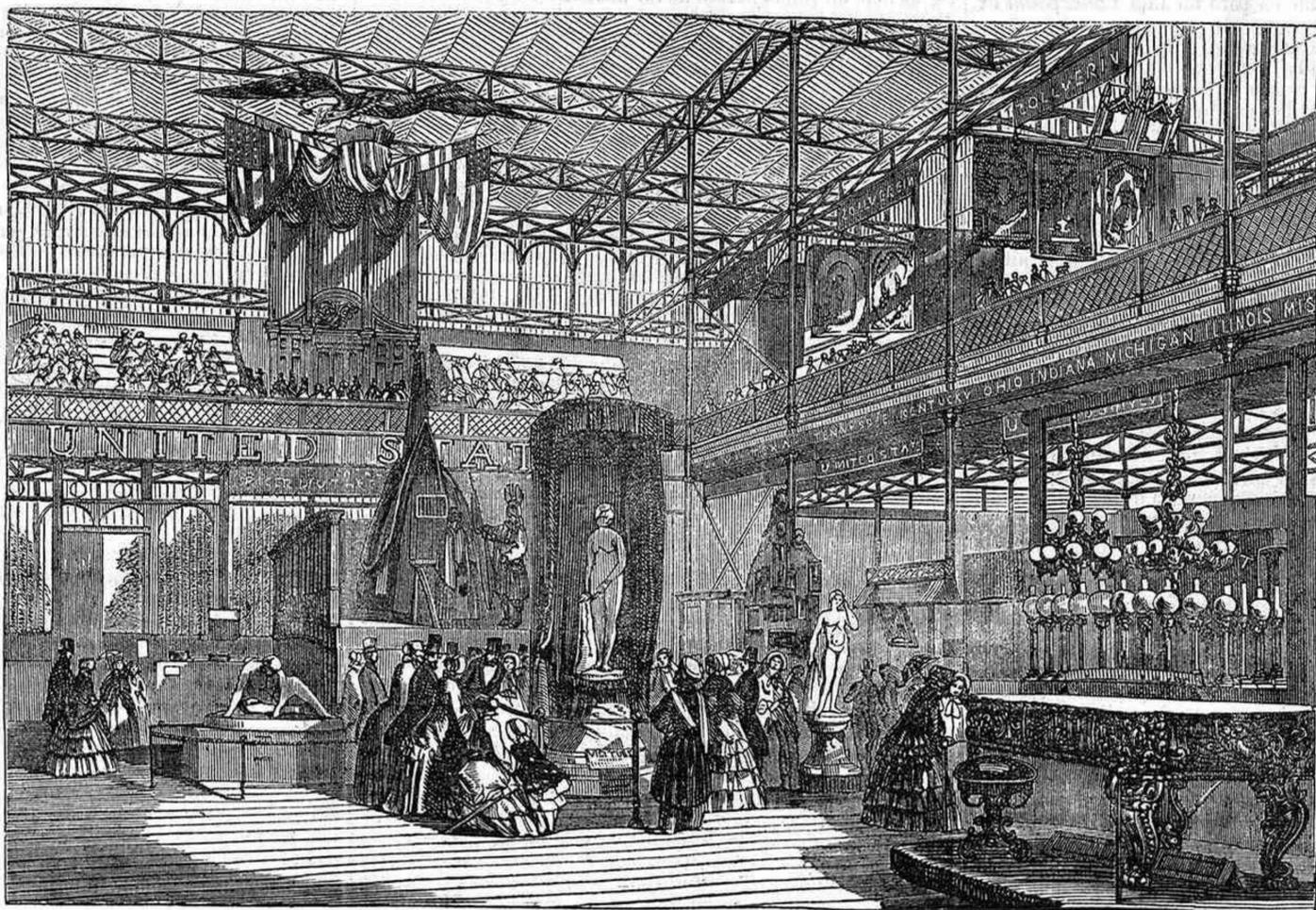
Creemos firmemente que tanto con el hierro colado, como con el mármol y el bronce, deben respetarse las leyes, difíciles, sí, de cumplir; pero seguras por lo mismo, de la conveniencia, de la armonía y del buen gusto.

CARTAS A UN ANGEL.

VI.

CONFUSIONES.

En un período de quince dias se ha obrado en mí un cambio notable, ó al menos me hallo en un período de transicion, y navego sin timon ni brújula por un piélago de confusiones. Unas veces quiero volver al punto de partida, que ahora me parece un golfo rodeado de nebulosos horizontes, pero sosedado y tranquilo, y otras veces quiero lanzarme, como el intrépido Colon, en busca de un nuevo hemisferio. Sin que el mundo tenga á mis ojos nada de bello, nada de noble, nada de grande, confieso que lo veo al través de un prisma muy distinto del que me ha servido otras veces; y aun podria decir con razon que no tengo un prisma determinado; y que el mundo rueda ante mis ojos como un inmenso panorama, cuyos cuadros tienen mas ó menos luz y sombras, mas ó menos fuerte colorido, segun el capricho del pintor. Yo no deberia, por orgullo, trazar estas líneas después de las amenazas que me hiciste en tu última carta, después de la guerra encarnizada, aunque franca, que me declarabas en ella; pero no quiero salvar mi amor propio á espensas de mi lealtad, y hoy menos que nunca disfrazaré las sensaciones que me agiten, aunque tenga que aparecer el mas inconstante, el mas débil, y aun el mas estúpido de todos los seres vivientes. Esta franca declaracion, esta decision generosa, no temo calificarla así, aumentará el número de esas buenas cualidades que tienes la bondad de reconocer entre mis grandísimos defectos, y será una especie de penitencia anticipada que me impongo por las altas que pueda co-



Departamento de los Estados Unidos.

me impongo por las altas que pueda co-

meter, y una espacion por las que he cometido ya. Después de lo manifestado, voy á decir muy pocas frases relativas á las adivinaciones de tu carta, para seguir después, sin distraerme, el hilo de la historia que tú has empezado á contar.

Al mismo tiempo te has burlado de mi amor artístico-mundano y de mi amor humano-divino: confieso que uno y otro, mirados por ese prisma convencional que la sociedad entera adopta como el mas seguro y mejor, se prestan bastante al ridículo; pero si se dejan á un lado las preocupaciones sociales que encuentran estravagante todo lo que no es vulgar ni pueril, á fuerza de descolorido y trillado, se encontrará algo digno de aprecio en esa aparente estravagancia, y aparecerán esas cualidades como un esfuerzo de la imaginación, para entrar á velas desplegadas en el mundo del sentimiento. ¿Tengo yo la culpa, por ventura, de que se haya rebajado tanto la muger, que sea necesario, para verla digna y aun grande, adorarla en el mundo del arte ó en el cielo de la religion? ¿Es un crimen acaso que la idea artístico-mundana, que se destruye, y la idea humano-divina, que se entroniza como un dios sobre el altar del ídolo caído, tengan un punto de contacto, vivan rivales un momento, al ceder su precaria vida la primera á la inmortalidad de la segunda? No necesita mucha fuerza de reproducción la semilla que cae sobre la tierra húmeda, labrada y calma, para brotar y florecer; pero si necesita muchísima virtud el grano de trigo que se convierte en caña y espiga, á pesar de la cizaña que lo ahoga en un campo seco y premioso. Además existe una notable diferencia entre la admiración artística y la adoración religiosa: la primera nace, se desarrolla, vive y muere en la cabeza, sostenida por la vanidad de los necios ó el orgullo del hombre de gran talento; la segunda nace, crece, vive y no se extingue en el corazón, sostenida por la sensibilidad pasiva del hombre de escaso entendimiento, por la sensibilidad activa de una poderosa inteligencia. Adopto como mías casi todas las ideas que has creído leer en mis ojos, y paso á hablarte de María.

La vi el día siguiente á la noche en que nos encontramos en el teatro; pero la vi como se ve el relámpago que ilumina momentáneamente el espacio, como se ven esos fuegos fatuos que desaparecen en el momento de tocarlos, como se ven esas golondrinas que rozan el rostro de los transeuntes con sus alas, ó esas paviotas que se confunden con las espumas de las mares. Voy á contarte cómo la vi. Serian las cinco de la tarde de una de las últimas de invierno, tibia y apacible, pero sin los ricos perfumes que son patrimonio esclusivo de las tardes de primavera. El sol, bastante próximo á su ocaso, doraba las barnizadas ramas de los árboles, sin hojas ni flores, pero animados con la savia de una próxima vegetación. Honrados padres de familia acompañados de sus esposas y rodeados de sus hijos y sus criados, volvian de la fuente Castellana á paso lento, entreteniendo el cansancio con algunas pláticas agradables, y briosos caballos españoles, y aviesos caballos extranjeros, y soberbios trenes, se cruzaban en el paseo de los carruajes, con tanta rapidez como si estuvieran disputando un premio de velocidad. Yo, contra mi costumbre, muy pocas veces paseo solo, marchaba distraído hacia la fuente, saboreando ese ambiente un tanto salitroso que se respira después de una noche de lluvia en una tarde de buen sol. De vez en cuando se dirigian mis indiferentes miradas hacia los coches y caballos, sin esperar encontrar nada que preocupara mi atención, y cambiando algunos saludos mas espresivos en la forma que cordialmente afectuosos. Una de estas miradas vagas cayó sobre una elegante carretela abierta, y en esta carretela iban dos mugeres negligentemente reclinadas. Conoci al momento á la que ocupaba la izquierda, que era la duquesa de A... dueña del tren, y casi di un grito al fijarme en su compañera, que era mi desconocida del museo, mi desconocida del teatro, esa aparición á quien has dado el dulce nombre de María, esa muger que es para mí una *Concepcion de Murillo*.

Aunque en extremo sorprendido, cambié un saludo con la duquesa, antigua conocida mia, y no sé si fué alucinación ó realidad, pero lo cierto es que me pareció que María me habia saludado tambien con aquella dulce sonrisa que la embellece en el coliseo. Como tú puedes comprender, la velocidad de los caballos no me permitió rectificar esta impresion tan agradable, tuve instantáneamente envidia de todos aquellos ginetes que caracoleaban alrededor de los carruajes; siendo tan grande mi deseo de acercarme al de la duquesa, que si hubiera sido rey, hubiera exclamado con D. Sancho: «Mi reino por un caballo.» y lo hubiera recibido con mas júbilo que recibió D. Alfonso VI el que le dió el primer Giron en la batalla de la Sagra. Desgraciadamente yo no era rey, y tuve que contentarme con retroceder y dirigirme al Prado, en donde esperaba cruzarme de nuevo mas de una vez con la duquesa de A... y su amiga. Para realizar este deseo me hizo falta tambien ser rey, ó á lo menos tener á mi disposición uno de aquellos caballos que hubieran podido cederme la mayor parte de sus dueños sin hacer ningun sacrificio, porque desde la fuente Castellana al Salon del Prado, hay una distancia que atraviesa en pocos minutos un carruaje bien arrastrado, ó un caballo de medianos brios, pero que rinde á quien intenta salvarla á pie y con alguna prontitud. Yo procuré suplir á fuerza de voluntad lo que me faltaba, y efectivamente pocos peones habrán atravesado en tan poco tiempo las alamedas que se extienden desde la Castellana á la Cibeles; pero por mucho que me apresuré, solo conseguí pisar el Prado cuando empezaban á retirarse los concurrentes, huyendo de la fria humedad que habia seguido á los últimos rayos del sol. La duquesa y su compañera habian seguido, ó inaugurado quizás, este movimiento de retirada; lo cierto es que no logré verlas, y que tuve que abandonar el húmedo paseo casi rendido de fatiga.

Aunque tenia fundados motivos para no quedar muy satisfecho de cuanto acababa de sucederme, no di por perdida la tarde, pues los tres encuentros que habia tenido con María me probaban hasta la evidencia que no me faltarian nuevas ocasiones de verla, si ponía cuidado en buscarla. Esto último no debia costarme gran trabajo, teniendo las necesarias relaciones con la duquesa para frecuentar su sociedad. Decidido por este plan, me hubiera sido muy sensible tener que aplazarlo algunos dias; pero la casualidad, que pocas veces ha secundado mis deseos, se puso de un todo de mi parte, haciendo que no hubiera funcion en el teatro Real, lo que me proporcionaba ocasion de presentarme aquella misma noche en los salones de la duquesa. Enteramente poseído de una impa-

ciencia febril, que no es muy común en mi vida, esperé la hora de la reunion; concurriendo á ella tan temprano que solo acompañaban á la duquesa cuando me presenté tres ó cuatro personas íntimas, de esas que son las primeras á llegar y las primeras á retirarse en casi todas las reuniones; pero á mas de estas tres ó cuatro personas, estaba una cuya presencia hizo latir mi corazón, como lo habia hecho latir en el museo, en el coliseo y en el Prado: esta persona era María. Aun antes de estrechar la mano á la duquesa, por un movimiento instintivo que me fué imposible dominar, dirigí una mirada en torno, buscando el cuadro de Murillo para establecer comparación. Este fantástico deseo, que quedó frustrado en el teatro, se realizó en el salon de la duquesa, pero de un modo singular. No encontré el lienzo de Murillo, primer término de comparación, pero encontré un lienzo de Federico Madrazo, de ese pintor que sabe hacer mas bella la belleza, mas lozana la juventud, y mas poética la poesía, verdadero retrato de María, copia exacta de la Concepcion de Murillo, nuevo término de comparación, que marca más la semejanza entre la virgen y la muger. Aunque hubiera querido consagrar algunas horas al estudio de este retrato, obra maestra que vale tanto como un buen cuadro de un gran pintor, tuve que advertir su mérito en un segundo, para apresurarme á presentar mis respetos á la duquesa, dirigir algunas palabras á las demás personas conocidas, é inclinar ligeramente la cabeza ante la copia de Murillo, hermoso modelo de Madrazo.

Tenias razon: esa muger que ha divinizado mi fantasía y el pincel de Murillo, debia tener un nombre de virgen, y ese nombre convencional que tú la diste, es el suyo propio, porque esa muger realmente se llama María. Sin preguntarlo, sin revelar ni la mas pequeña parte de mi pensamiento con investigaciones indiscretas, he sabido de los labios de la duquesa cuantas noticias podia desear respecto á la hermosa criatura que, no temo confesarlo, me ha interesado vivamente. Ya sé que el modelo ó retrato de la Concepcion de Murillo, es hija de un grande de España de provincias, primo hermano de la duquesa. Sé que María ha recibido una educación bastante esmerada, permaneciendo en un colegio hasta los quince ó diez y seis años, educación que han completado las consejos de una buena madre, y el ejemplo de una familia morigerada y virtuosa. Sé que ha venido á la corte á pasar una temporada con su tia, y que esta piensa prolongar su permanencia todo cuanto la sea posible. Todas estas noticias, excepto la de su nacimiento que me ha disgustado por su demasiada elevación, no pueden ser mas agradables, y confieso que me han llenado de alegría. La *Virgen de Murillo*, porque no puedo renunciar á darla este nombre, aunque me llames visionario, me ha tratado como á un antiguo conocido, y un hombre mas presentuoso que yo podia darme por muy satisfecho con esta benévola acogida. Noté desde el primer momento que escuchaba con mucha atención todo cuanto yo hablaba, y como no queria pasar á sus ojos por un hombre completamente vulgar, temo haber pecado de pedante cuando aspiraba á ser discreto. Si tal hubiese sucedido, no me consolara jamás de fatuidad tan inoportuna; pero me parece que en mi ademan, y en mi semblante, y en el sonido de mi voz habia una fuerza, una energía, un fuego, una espresion tan verdadera y unas relaciones tan íntimas entre el pensamiento y la palabra, que ha debido alejar de mí toda sombra de pedantería, y hacerme simpático á sus ojos.

¿Pero por qué desde un principio me recibió la hermosa María de una manera tan afable? ¿Acostumbra á recibir así á todo el mundo, ó hizo una escepcion en mi favor? ¿Por qué prestó, desde el momento en que empecé á hablar, tanta atención á mi discurso, aunque versaba sobre materias poco amenas ó indiferentes? ¿Heria mi voz agradablemente su oido y me escuchaba como á un pájaro ó á un instrumento, ó queria formar un juicio exacto de mi modo de ver las cosas, medir mi capacidad intelectual y calcular mi valor moral de una vez? ¿Sentia hacia mí esa irresistible simpatía que yo habia sentido hacia ella desde el momento en que la vi, ó era simple y sencillamente la muger prudente y de talento que quiere conocer á fondo á todos y cada uno de los hombres que la rodean, para seguir juiciosamente una línea de conducta adecuada á las cualidades de cada uno? Todas estas preguntas me hice durante nuestra conversacion, y todas estas preguntas me he repetido después cien veces, sin acertar á contestarlas. Cada momento queria leer en sus hermosos ojos negros el pensamiento que se formaba bajo su frente de alabastro; pero sus ojos quedaban mudos y permanecia su frente tan tensa como la superficie de un lago que no riza ni el mas leve soplo de viento. Esta fisonomía tan dulce, tan tranquila, tan sosegada, me encantaba algunos momentos, y otros me producía una sensación muy parecida al dolor del orgullo mortificado; sensación que me esplicaba mal al experimentarla y que ahora me esplico muy sencillamente. El orgullo del observador, del hombre de mas de treinta años se rebelaba contra la idea de no poder llegar hasta el pensamiento de una jóven pura, modesta, educada lejos del gran mundo, de esa sociedad que tanto enseña, y que lo primero que hace es colocar sobre los rostros de sus adeptos la máscara del disimulo. ¿Pueril y criminal orgullo, que casi desea que exista el mal en todas partes por el placer de descubrirlo, por la vanidad de publicar sus fatales descubrimientos!

Ahora conozco que me juzgo con demasiada severidad; no era el argullo mortificado el que me producía una penosa sensación de dolor, ni una impertinente curiosidad me impulsaba á querer levantar la delgada losa de alabastro que ocultaba el pensamiento de María. Sentia yo un estímulo mucho mas íntimo; sentimientos mucho mas nobles, mucho mas dulces se agitaban y hervian en el fondo de mi corazón, y me devoraba una impaciencia muy semejante á la que experimenta una madre cuando espera al hijo adorado y este retarda su venida. Comprendía yo que mi pensamiento queria volar, para confundirse con el pensamiento de María; que una gran corriente magnética, establecida desde sus ojos á mis ojos, me hacia mirarla de hito en hito en una especie de éxtasis, que no me embargaba la voz, pero que reconcentraba todas las potencias de mi alma en un solo punto y las llevaba en una sola direccion. Te he dicho que tenia este éxtasis mucho de doloroso, y sin embargo no hubiera querido salir de él por todos los placeres del mundo, aunque de minuto en minuto se hubiera aumentado la intensidad de mi dolor. Pero ¡ay! los éxtasis no se prolongan ordinariamente, se parecen muchos

á esos sueños ligeros que son patrimonio de las personas muy nerviosas; sueños que interrumpe el soplo del viento que murmura, la lluvia que azota los cristales y hasta el leve ruido que produce el rápido vuelo de un insecto. La llegada de algunas personas que, menos impacientes que yo, acudian á la reunion una hora mas tarde, hizo que la conversacion tomara un giro menos familiar, menos íntimo, y yo, de una locuacidad nerviosa, caí en un profundo abatimiento. Conoci al instante que mis ojos iban perdiendo poco á poco el fuego que los animaba, y su luz se disminuía como la de una lámpara moribunda ó la de una llama que se aleja. Sobre mis labios empezó á vagar una sonrisa melancólica y desdenosa al mismo tiempo; tan melancólica que parecía una súplica no interrumpida, tan desdenosa que se convertía en una constante amenaza. Algunos surcos se marcaron sobre mi frente, y de vez en cuando mi pie golpeaba la alfombra, dando á mi pesar visibles muestras de impaciencia.

Estoy muy seguro de que encontrarás bastante ridículo y pueril el motivo del cambio que acababa de obrarse en mí; pero como yo no pretendo ocultar á nadie mis puerilidades, te lo diré con una franqueza que no se encuentra facilmente. Muchos de los hombres que sucesivamente fueron aumentando la sociedad de la duquesa, títulos unos, opulentos otros, altos funcionarios y hombres políticos algunos, se apresuraban á tributar sus homenajes á María, que en poco tiempo se vió rodeada de una corte demasiado brillante, para que yo pudiera creerme en mi verdadero lugar. Sus miradas, que hasta aquel momento habian permanecido lijas en mí, se tornaron vagas, y todos empezaron á partir conmigo un bien supremo que yo solo habia disfrutado hasta entonces. Quizás me estravie mi amor propio, pero tengo la conviccion de que entre todos aquellos hombres, que me aventajaban en riquezas, en títulos y honores, no habia ninguno que me aventajara en ingenio; y, sin embargo, yo parecia el mas estúpido de todos; y eso que algunos mas que por dictados y riquezas, se distinguian por su soberana estúpidez. Lo cierto es que todos hablaban, que todos tenian alguna flor que ofrecer ó algun equívoco que cambiar, y yo permanecia tan callado como si hubiera perdido la voz de improviso. Este repentino silencio llamó la atención de la duquesa, que habia notado mi estremada locuacidad, y tuvo la bondad de advertirme; esta advertencia dió motivo para que un tonto me dirigiera un chiste necio, y yo no encontré en mi imaginación un epigrama que lanzarle, y eso que hubiera dado en aquel momento diez años de vida por un epigrama mas acertado que un puñal. No atreviéndome á levantarme, porque temia quedar en lenguas de necios como pelota en manos de niños de escuela, y porque me parecia el refinamiento del mal tono retirarme de los primeros, ya que habia tenido la imprudencia de presentarme tan temprano, pasé una hora de tormento, que no olvidaré mientras viva, y cuando me encontré en la calle, respiré con mas libertad, aunque siguió ardiendo mi frente.

Desde esta memorable noche, á un tiempo grata y afanosa, no he vuelto á presentarme en los salones de la duquesa, y me he contentado con saludar á la encantadora María en el Prado y el coliseo. Deseando respirar su aliento, como desea la flor de estío el beso de la húmeda brisa; deseando bañarme en la luz de sus abrasadores ojos, como desea la flor de invierno el rayo de sol que la reanima; huyo del primero como el árabe del simun que intenta envolverlo en su gran sudario de arena, como huye el viajero del Vesubio pronto á sepultarlo bajo su gran lápida de lava. Pero cuanto mas me retiro; cuanto menos busco las ocasiones de dirigirla la palabra, mas impera en mi pensamiento y se reproduce su imagen á los ojos de mi exaltada fantasía, como esos fantasmas que atormentan á los calenturientos con su invencible obstinacion. En la confusión de mis ideas siento nacer nuevas pasiones, luchar entre sí, entrelazarse y robustecerse. Todavía no he sabido dar á estas pasiones sus nombres propios, no he dibujado distintamente las formas que tiene cada una, pero las siento hervir como hierve el agua de las cataratas, y silbar como las serpientes. Aquí tienes de manifiesto mi corazón y mi cabeza; aquí tienes bastante fuerza para conocer el peligro y alejarse de él lo mas posible, aquel es bastante diamantino para sufrir las oleadas de sus borrascosas pasiones, tan entiesto como la roca que descuella en medio del mar. ¿Continuará por mucho tiempo siendo la cabeza prudente, continuará por mucho tiempo siendo enérgico el corazón? No seré yo quien ose responder á las preguntas que en mi confusion me dirijo; tú, que te has convertido de repente en mi mas mortal enemigo, dirás que esta duda es un síntoma de visible debilidad; ni lo concedo ni lo niego. Al frente estan los dos ejércitos, las avanzadas se entretienen en ligeras escaramuzas, si llega el día de la batalla veremos quién combate con mas valor; y debe advertirse que en el campo tanta honra da una heroica muerte como una completa victoria.

UN HOMBRE.

ARTE CONTRA ARTE.

(Conclusion.)

Yo comprendo de otro modo este arte del corazón, este arte en cuyo altar no se admite otro holocausto que la vida entera. Yo tambien como tú he sido artista bajo mil diferentes formas. Yo he pintado mas meretrices que virgenes; pero ahora reniego de mi pasado y me regenero. Para pintarla á ella, para sentir con sus sentimientos, para identificarme con mi modelo divino, el soplo de su aliento solamente me sirve de Jordán. Ya soy otro hombre. Como el pelicano he arrojado mi piel; como el arriño me dejaré matar antes de mancharme.

¿Ni de qué otra manera podria levantar mi pensamiento á tan alto punto? ¿cómo, sino purificado de mi levadura mortal, podria comprender eso que tú no has comprendido, el alma de ángel que encierra ese cuerpo divino, el corazón generoso que en ese moribundo seno palpita, la imaginación incomprendible que da á esa cabeza el resplandor sobrenatural de los mártires de Juan de Juanes? ¡Oh! confiesa francamente que al retratarla te has olvidado de que ibas á luchar con todos los maestros del arte. Esa muger es el ideal formado por el mas sublime de los artistas, de los rasgos mas bellos de las mejores obras artísticas.

¿Qué muger!

En la segunda parte de *Fausto* resucita el encantador Goethe, ayudado de un conjuro, a la Elena de Troya y de Homero, para que contraste su naturaleza heroica con la naturaleza de estos tiempos raquítica y miserable. ¿Quién sabe si otro conjuro por el tenor habrá dado la vida a nuestro modelo? ¡Oh! entonces yo debía de ser su Goethe. Tal creación solo se elabora en un cerebro omnipotente ó en una fantasía de enamorado. Ella reúne todas las perfecciones; ella habla a todas las inteligencias; ella es en fin, ¡oh artista que solo ves con los ojos de la cara! la encarnación perfecta del ángel en la muger, de la muger en el ángel. Todo el mundo histórico, toda la magnífica procesion de mugeres gigantes que con el transcurso de los tiempos han ido llevando su nombre a las historias, todas se me aparecen al verla y renacen en mi fantasía con tan verdaderos colores que así debieron de ser seguramente. La Virgen con sus lágrimas que enternecieron al Calvario se me acuerda si ella llora; Virginia con su pudor que hizo salir los colores al rostro de un pueblo envilecido y el aliento a su corazón degradado, se me acuerda si la veo teñidas las mejillas de carmin; Cimona, echando su vida en la balanza de la muerte para inclinarse del lado de su padre, se me acuerda cuando rechina sobre su pecho de alabastro la cabeza cansa del autor de su existencia; Judith con el heroico esfuerzo que sacrificó su honra en el altar de la patria, se me acuerda cuando con ojos encendidos, seno palpitante y arrebatado balucear habla de esta España tan poética donde se mecía su cuna al soplo de los romances del Cid y de Bernardo del Carpio; Isabel la Católica con su talante majestuoso que todavía no ha tenido rival entre las reinas del mundo, se me acuerda cuando la miro repartir entre los que lloran y entre los que esperan, consuelos esperanzas y sonrisas.

¿Qué mas? es una muger que tiene talento y que nunca lo confiesa. Término medio entre la verdad y lo inverosímil, no es poetisa, porque vale mucho y se tiene en mucho; ni artista, porque todas las formas del arte, todas las expresiones que da al sentimiento, quedan muy por debajo de las formas y de la expresión del suyo. ¡Cuántas veces no la vi arrojar la paleta, convencida de que no hallaría colores para reproducir el cielo de su fantasía! ¡Cuántas veces, al resbalar sus dedos ebúrneos sobre el piano, una mirada de impotencia sublime, un gesto de menosprecio, me reveló que ni Bellini ni Donizetti han podido ballar acordes perfectos en armonía con su alma! ¡Y cuántas veces, por último, estudiando la organización moral, á través del telescopio de Soulié, de Balzac ó de Figaro, con sonreír á sus páginas inmortales demostraba que su ojo anatómico penetraba mas honda y seguramente en los pliegues del corazón humano!

Todo esto, para tí desconocido; este mundo de ideas que á tu lado vivía, sin que lo sintieses latir tan siquiera, como esos tesoros infinitos que guarda la tierra sin que el pie del hombre al hollarla los perciba: todo esto lo comprendí yo, y yo lo puedo revelar en este arte divino, que es á las otras artes lo que la luz del sol á las que el hombre produce artificialmente. Tú retratas sus ojos azules transparentes y mansos como el mar en las tranquilas alboradas; ¿pero cómo dirá tu lienzo que al brillo de esos ojos conspiran y contribuyen de consuno la pureza de un alma nunca manchada, la apacibilidad de un pensamiento solo en castos amores embebido, el fuego de una fantasía mecida solo en poéticos ensueños? Tú retratas ese seno turgente y límpido, surcado de imperceptibles venas, donde la sangre semeja rayos de luz serpenteando á través del mármol blanquísimo de Paros, ó rastro de herida gacela entre la nieve nunca derretida de la montaña; pero ¿cómo de la ondulacion compasada y majestuosa de ese seno darás á entender su instinto generoso, su estremada bazaría, sus ímpetus amantes y su constancia, la heroicidad en el sufrir, su moderación en el gozar, su desdenoso afecto á la ventura, y su heroica resignación á la desgracia? Y cuando has agotado tu carmin mas puro en el contorno de sus delgados labios, siempre entreabiertos con sonrisa imperceptible, como para ser espejo de su alma, ¿qué habrás conseguido, artista? ¿Qué secreto sublime habrás arrancado á la naturaleza? ¿Quién dirá si de esa boca salen los impuros cantos de una priapea, ó los castos deliquios de una Sta. Teresa? ¿Quién dirá si son solamente besos ó solamente maldiciones lo que trae á esa boca su continuo movimiento? ¿Quién dirá si el calor que la vivifica es humo del fuego de las pasiones malas, ó un apacible vapor exhalado de tiernísimos sentimientos que tiene su alma como en depósito?

Si, donde acaba tu arte empieza el mio; donde tú te deities fatigado comienzo yo mi carrera.

El mundo del pensamiento no tiene límite; pero hay hombres que recorren su estadio sin fatiga, y otros que á los primeros pasos caen rendidos ó desmayan por su propia debilidad. Cuando la meta es alta y deslumbrante, como la nuestra de ahora, solamente el entusiasmo inestinguible y la confianza en el propio esfuerzo que nace de las ambiciones puras, pueden sostener el ánimo hasta el término. No todos los ojos además pueden vislumbrar el fin de su camino de la vida, ni todas las organizaciones son de temple azaz vigoroso para recorrerlo á ciegas.

Entre tú y yo, pues, como al principio lo dije, la diferencia es tan grande, como que tú vas ciego á tu destino y yo regocijándome en adivinarlo y comprenderlo. Así, para nuestra lucha de arte contra arte, dióte sus armas la pintura, que es el mundo material elevado un tanto cuanto, el cuerpo sin alma, la naturaleza al deguerreotipo, sin alguna de sus majestuosas galas; mientras yo he templado mi inspiración al calor de la poesía, que es el mundo perdido para la muchedumbre, hallado solamente de las inteligencias privilegiadas, el receptáculo etéreo de todo lo que huye la tierra por no mancharse en su fango, y el punto medio entre la morada celeste y la morada humana.

..... c'est la seconde vie;
c'est la flamme qu'au ciel Prométhée a ravi,
et fit immortel á Sapho;
qui couronnait Corinne au sein du Capitole,
et qui poussait Chénier, la divine auréole,
jusqu'aux pieds de l'échafaud.

B.

Anécdotas de la vida de Mozart.

Juan Crisóstomo Wolfgang Teofilo Mozart nació en Salzburgo el día 27 de enero de 1756. Su padre Leopoldo Mozart, que tambien fué músico, notó en su hijo una grande y escelsiva inclinación á la música, y así apenas cumplió los cuatro años, cuando se ocupó, como por entretenimiento, en enseñarle los rudimentos de este arte; al año siguiente el niño compuso algunos minués que su padre notaba, haciendo que él los dictase para escitar su emulacion. Un día le sorprendió componiendo un concierto para el clave, y después de haberle examinado con todo cuidado, le halló enteramente arreglado, pero tan difícil, que nadie hubiera podido ejecutarlo. Admirado el padre de los prodigiosos y rápidos progresos que su hijo habia hecho en tan tierna edad, formó el proyecto de pasar á Viena á presentarle al emperador, y de recorrer todas las cortes extranjeras para que admirasen este fenómeno. El niño tenia entonces seis años, y á los catorce habia sido ya el pasmo de París, Londres, Milan, Florencia, Nápoles y Roma, á la que llegó el día de Semana Santa, en que se cantaba en la capilla Sistina el famoso *miserere*, del que no se puede sacar copia sin incurrir en escomunion mayor. Sabiendo esta prohibicion fué con su padre á la capilla, donde oyó tan á satisfaccion suya el *miserere*, que después en su casa le notó todo. El viernes siguiente volvieron á cantarle: puso su borrador dentro del sombrero, y al pasó que le cantaban iba haciendo algunas correcciones, con lo que logró sacar una copia tan exacta y completa, que el primer soprano que le habia cantado en la capilla se sorprendió al oírsele cantar á Mozart al clave.

A los diez y nueve años se le contaba ya entre los mas famosos compositores de la Europa, y á los treinta y seis cumplidos murió.

Sus principales operas son: *El robo del serrallo*, *El casamiento de Figaro*, *Don Juan*, *Cosí fan tutte*, *La flauta encantada*, *El director de teatros*, *La piedra filosofal*, *La clemencia de Tito*, y *el Idomeno*.

En las capillas de Alemania se guarda con cierto género de veneración su obra maestra, que lo es la famosa *misa de requiem*, de la que diremos algo, por los motivos que le movieron á componerla.

Es de advertir que en los últimos años de su vida, sus enfermedades, que consistían principalmente en la demasiada irritabilidad del sistema nervioso, junto con su carácter tímido, lo habian reducido á una continua y profunda melancolia que producía en él lúgubres ideas de destruccion y de muerte.

(Concluirá.)

CONSPIRACION LLAMADA DEL TESORO,
CONTRA JACOBO, REY DE ESCOCIA.

(Conclusion.)

Tal era la rapidez de la carrera de Jacobo y Ruthwen, que los cortesanos que no habian podido mudar caballos no pudieron seguirlos, y los que los tenían de refresco no pudieron unirse á él hasta unas cuatros millas de Johnston.

En este intervalo cruzaron mil diversos pensamientos por la mente del rey. Las insinuaciones de Ruthwen, su actitud, su palidez, sus respuestas ambiguas, sus peticiones que degeneraban en amenazas, se representaron á la memoria de Jacobo. Empezó á entrever la posibilidad de un peligro. Pero por otra parte el cariño que tenia á Ruthwen, á Ruthwen, que últimamente solicitaba el título de gentil-hombre de su cámara, no le permitian llevar muy allá sus sospechas, que podian ser quiméricas. Jacobo creyó mejor que su jóven favorito habria sido maltratado por su hermano del conde de Gowries, y que el resentimiento de esta afrenta era la única causa de la alteracion de sus facciones y de la sombría preocupacion de sus miradas.

De cualquiera manera que fuera, Jacobo se acercó al conde de Lennox y le preguntó si habia visto alguna vez á Ruthwen tan turbado como estaba en aquel momento. «No señor, y si no ha dado algun golpe malo, apostaría á que le está meditando.»

Jacobo dijo brevemente al duque el motivo de su precipitada carrera, y añadió:

—En todo evento te ruego, mi querido Lennox, que me acompañes á la casa donde se halla ese hombre.

Lennox no encontró mucha verosimilitud en toda la historia, y asegurando al rey que su cuñado Ruthwen jamás habia dado muestras de locura, prometió al rey que no se separaría de su lado.

La conversacion de Jacobo y Lennox no se habia escapado á Ruthwen, que colocándose al lado del rey le rogó por lo bajo que no descubriese á nadie este negocio, y que no tomara ningun señor ni criado con él cuando penetrara en la casa donde estaba el tesoro.

—Sirvo tan poco para descubrir tesoros, respondió Jacobo riendo, que necesito que me auxilie alguno en funciones tan nuevas para mí.

Ruthwen llevó entonces la mano á su sombrero y dijo:

—Sin embargo, no permitiré que nadie vea el tesoro antes que V. M... después hará lo que sea de su agrado.

Entonces fué cuando Jacobo presintió la traicion, y continuó su camino confiando y desconfiando al par, ya avergonzándose de sus recelos, ya avergonzándose mas aun de ser tenido por imbécil si sus presentimientos se realizaban.

A pesar del cansancio de las cabalgaduras, Ruthwen obligó al rey á apresurarse, y cuando llegaron á cosa de dos millas de la poblacion de Pesth, detúvose un instante el jóven lord para enviar á su hermano el criado que habia retenido en su compañía. Cuando no faltaba ya para llegar á la poblacion sino una milla, Ruthwen dijo al rey que iba á adelantarse para avisar al conde de Gowries la llegada de S. M.

—Id, dijo el rey, y decidle que traigo un hambre de cazador y una sed de templario.

No habia pasado media hora de esta separacion, cuando Jacobo y su comitiva llegaron al castillo del conde de Gowries.

Este se acercó al monarca, á la cabeza de sus convidados y de sus servidores, que eran ochenta personas en todo. La comitiva de Jacobo se componia solamente de quince caballeros con ayudas.

—Señor, dijo Gowries inclinándose ante el rey, lejos estaba yo de esperar el insigne honor que V. M. se digna hoy hacerme. La comida será como improvisada; pero invoco para ella la indulgencia de V. M.

—Milord, respondió el rey que habia recobrado su buen humor, ya conocéis aquel antiguo proverbio escocés: Dad al cazador nueces y vino, y mas contento quedará que un rey.

—Oh! señor, repuso Gowries, tendré la dicha de ofrecer á V. M. algo mejor que nueces y algo mas que vino.

—Pues ea, le interrumpió Jacobo, menos escusas y viva vuestra hospitalidad.

Mientras el conde de Gowries daba sus órdenes, Jacobo preguntó á Ruthwen si no seria oportuno visitar al hombre y al tesoro. Ruthwen respondió que estando seguro todo, seria tambien conveniente hacer de sobremesa lo que tenían que hacer. El jóven favorito rogó además al rey que no le hablase en voz baja, por temor de que desconfiase el conde su hermano. Jacobo abrazó á Ruthwen, y le dijo: «Niño, niño, haré lo que desees; pero si yo fuese avaro, ¡cuánto no me harías sufrir con tus dilaciones sin número!»

Sentáronse á la mesa. Jacobo, que comia con ansia, trataba de entablar conversacion con su huésped, que, sentado al otro extremo de la mesa, pensativo y embarazado, respondia con monosílabos á Jacobo, y hablaba en voz baja sin respeto alguno á la mayor parte de sus criados.

—Milord, dijo el rey, os he sacrificado una excelente noche, porque hoy iban á representar los cómicos de mi palacio una de las joyas del gran Shakespeare, la linda comedia titulada: *Todo está bien, si acaba bien*.

Gowries hizo un movimiento de cabeza, sin dignarse contestar al monarca.

—En esta comedia, milord, prosigió Jacobo, que tenia prodigiosa memoria y una erudicion poco comun, en esta comedia es donde se halla aquel pasaje tan admirable y digno del genio y de la filosofia del divino autor:

«La virtud eleva y ennoblece al que la cultiva, aunque cueste grandes afanes. Sin ella los títulos mas pomposos no procuran sino una gloria liviana. Lo que nos dan sus bellas acciones no depende de la aulurnia, y el verdadero mérito cobra al fin en el mundo el tributo que se le debe. Aminta, la naturaleza os ha prodigado sus dones; sois jóven, bella, sabia; á tantas cualidades reunidas no faltará el honor que se les debe. Dos ojos hermosos pueden suplir á lo rancio de la nobleza; la belleza del rostro anuncia la del alma, y la nobleza del corazón es la única que merece ser honrada. ¡Qué triste cosa para un hombre pensador es ver al noble de nacimiento, desprovisto de valor personal, usurpando el puesto debido á la virtud.»

El conde de Gowries, durante estas citas, no cesó de mirar fijamente al techo, y lejos de imitar á los cortesanos que alababan la prodigiosa memoria del rey, lo sonoro de su voz y la nobleza con que declamaba las magnificas estrofas de Shakespeare, se contentó con decir desdeñosamente:

—Bueno es eso.

Además, aunque era costumbre que después de los primeros platos los cortesanos se fuesen á comer, él los dejó asistir hasta el fin á la comida del rey. Solo en este momento se acordó de acompañarlos á otra habitacion para que á su vez comiesen; pero contra las leyes de la etiqueta no se quedó acompañándolos, sino que volvió á la mesa del rey silencioso y taciturno como antes.

Viéndole volver Jacobo dió á entender claramente su sorpresa.

—Antes que todo debo acompañar á V. M., respondió Gowries con una sonrisa infernal.

Cuando se disponia ya Jacobo á levantarse, Ruthwen, que estaba detrás de su silla, le dijo al oído:

—Señor, ya es hora de ir á nuestro asunto. Decid á mi hermano que vaya á acompañar á vuestra comitiva.

El rey entonces pidió vino de Burdeos y dijo á Gowries riéndose:

—Milord, yo no dudo de que desconozcais las costumbres de las naciones extranjeras; pero yo soy escocés, soy vuestro rey, y por estas dos cualidades debo instruirlos de las costumbres de Escocia.

—Reparad, señor... exclamó el conde secamente.

—Si, milord, repuso el rey; os habeis olvidado de beber conmigo un vaso á mi salud, y tambien de acompañar á vuestros otros convidados. Voy yo, milord, á reparar ambas faltas. Brindo por mi bienvenida y por vuestra hospitalidad: id ahora á brindar por ellas con vuestros convidados.

Dobló Gowries una rodilla, y chocando su vaso con el del rey, le hizo una reverencia mas respetuosa que todas las anteriores. Luego se dirigió á la sala donde comian los cortesanos, en cumplimiento de la orden que acababa de recibir.

Jacobo se levantó vivamente y dijo á Ruthwen, que permanecía ensimismado:

—Haced que vengan á comer con los demás mis caballeros Tomás y Erskine.

—Al punto, señor, respondió Ruthwen; pero os suplico que no traigais en vuestra compañía sino una ó dos personas todo lo mas, y que al mismo tiempo impidais que nos sigan los otros cortesanos.

Hizo Jacobo una señal de asentimiento, y como Ruthwen le indicase una galería paralela á la habitacion de los palacios, se lanzó atrevidamente á buscar una aventura que debia de traerle resultados muy funestos, sin la intrepidez y la fidelidad de su comitiva.

Ruthwen hizo atravesar al rey un laberinto de habitaciones, corredores, escaleras, galerías y terrados, y á medida que avanzaba Jacobo iba Ruthwen cerrando todas las puertas que quedaban atrás. Esto duró cerca de un cuarto de hora, y el rostro del favorito comenzaba á turbarse, mientras sus labios murmuraban:

—Seguro tenemos á nuestro hombre.

Como estas palabras podian aplicarse al poseedor del pretendido tesoro, Jacobo apenas reparó en ellas, y continuó su camino; observando aquí y allí las armas, los cuadros y los tapices que adornaban las habitaciones.

Al fin llegaron á un gabinete donde vió el rey á un hombre

bre desconocido enteramente para él, con un puñal muy largo pendiente de su cinturón, y el rostro muy descompuesto. Entonces Ruthwen cerró la puerta impetuosamente, se caló el sombrero, y arrancando el puñal á este hombre y amagando con él al rey, juró con una horrible blasfemia que si S. M. gritaba ó abría la ventana, sepultaría el puñal en su corazón.

Luego añadió clavando en el rey sus ojos centellantes: —Debeis someteros á que os trate como me acomode, porque estoy convencido de que pesa sobre vuestra conciencia la muerte de mi padre.

Como es de suponer, un cambio tan repentino de lenguaje y de modales sorprendió al rey sobremanera. Como no podía humanamente rechazar la fuerza con la fuerza, porque no llevaba consigo mas que su trompa de caza; comprendió, aunque tarde, lo absurdo de su empresa y el peligro de su situación presente.

Ruthwen por su parte tenía no solamente ceñida la espada, sino el puñal en la mano, y parecía que estaba dominado por una convulsión nerviosa que se descubría en sus ojos vagos y en el sudor frío que inundaba su frente, empapando sus cabellos y hasta su barba.

Pensó Jacobo que debía defender su vida con buenas razones, y como estaba dotado de una facundia que sus aduladores llamaban elocuencia, pudo coordinar sus ideas rápidamente. Comenzó por demostrar en detalle el horror del crimen que se comete vertiendo la sangre de un prójimo; aseguró á Ruthwen que el que iba á cometer no quedaria sin venganza, porque el Dios de las alturas le había concedido hijos y vasallos fieles; y porque á falta de estos, Dios mismo se encargaria de castigar el atentado.

—En cuanto á vuestro padre (1), continuó el rey, yo era menor de edad cuando murió, y murió á manos de la ley. Mi conciencia, pues, no me remuerde. A vos mismo apelo. ¿No me debe vuestra casa gratitud? ¿no he restablecido á vuestro hermano en la posesion de sus títulos y de sus bienes? ¿no he educado á tres hermanas vuestras? ¿no las tengo al lado de mi querida esposa la reina? Yo os prometo, por último, que si me dejais libre, á nadie revelaré vuestra osadía y no os castigaré nunca.

El calor con que defendió el monarca su vida destruyó la energía de Ruthwen. Quijóse el sombrero, y juró que el rey estaba seguro si consentia en no armar ruido ni pedir socorro, hasta que él avisase al conde de su hermano.

—¿Qué me quiere el conde? preguntó vivamente el rey.

—El mismo os lo dirá, respondió Ruthwen.

Y abriendo la puerta mandó al sicario que custodiase al rey hasta su vuelta, so pena de la vida.

Después añadió dirigiéndose á Jacobo:

—Resignaos, señor, á ser su prisionero.

Tras estas palabras salió del gabinete, oyéndose el rumor de la triple cerradura de la puerta gótica de encima labrada que separaba esta habitación de la llamada de los ciervos, por las cornamentas de venados que se veían colgadas en las paredes.

Habiendo quedado solo con el hombre del puñal le preguntó Jacobo si queria ser su asesino.

—¡Yo señor! respondió el desdichado todo trémulo; preferiría matarme yo mismo á poner mis sacrílegas manos en V. M. Señor, añadió en voz baja, los Gowries son muy malvados; han jurado vuestra pérdida y me han obligado con pistola en la mano á venir aquí.

Estas palabras no eran propias para tranquilizar al rey; entonces conoció la estension del peligro y decidióse á vender cara su vida.

En tanto que Jacobo estaba en esta crítica situación, las personas de su comitiva, con las que se encontraba el conde Gowries, empezaban á levantarse de la mesa y se disponían á ceñirse sus espadas y á ponerse las capas, cuando un criado del conde entró con precipitación y dijo que el rey estaba ya á caballo y se dirigia á Fall Kland. El conde repitió el aviso que acababa de dar el criado, y todo el mundo se levantó precipitado y se agruparon hacia la puerta; pero habiendo preguntado al portero uno de los oficiales de Jacobo si era verdad que había salido el monarca, dijo que no había marchado.

—Embustero! exclamó Gowries, echando al desdichado por-

(1) Lord Ruthwen, conde de Gowries, padre de Alejandro y del conde Gowries, fué con efecto condenado á muerte y decapitado durante la minoría de Jacobo VI, por crímenes de alta traición, de concusión y de actos de inaudita barbarie con sus vasallos.

tero una furiosa mirada: te engañas y quieres engañar á estos señores!

Pero arrepiñéndose casi al instante de su indiscreta cólera, se volvió Gowries hacia el duque y el conde de Marr, y les dijo: —No se puede creer en lo que este hombre dice, que es un borracho y aturdido; voy por mí mismo á asegurarme de la verdad, y vendré á daros cuenta.

Diciendo estas palabras, subió la escalera y bajó pocos momentos después.

—Puedo asegurar, señores, les dijo, que el rey ha salido por la puerta trasera, y que si no nos damos prisa no le alcanzaremos.

Pidió su caballo y todos los cortesanos le imitaron, y se prepararon á marchar, con deseos de devorar el espacio.

En los complots mejor combinados y mas artífciosamente preparados hay una laguna imprevista, una solución de continuidad imperceptible. Es, propiamente hablando, el rincón de la Providencia.

La cabalgata pasó por debajo de una de las ventanas del gabinete en que se hallaba el rey con Ruthwen, que acababa de volver y que gritaba como un energúmeno, sujetando al rey por el cuello de su gaban:

«Vas á morir sin remedio.» Y jurando que lo iba á atar, trataba de hacerlo. A esta palabra de atar, Jacobo contestó que había nacido libre y monarca, y queria morir como tal. Ruthwen quiso entonces tomar su espada con la mano derecha; pero el rey asió la espada, y con la mano izquierda sujetó á Ruthwen por la garganta, mientras trataba de introducir los dedos en la boca para que no gritase. En esta posición fué

sin ayudar al traidor, sin tratar de salvar al monarca. En este momento entró el caballero de Ramsay, y mas pronto que un rayo se lanzó á Ruthwen y le dió dos puñaladas en el corazón. Apenas habían llegado algunos otros caballeros de la comitiva, cuando entró Gowries con su casco de acero y espada en la mano. Jacobo, á vista de este traidor, quiso apoderarse de la espada de Ruthwen y combatir como soldado; pero los criados del conde le cogieron y le empujaron hasta la puerta del gabinete, cuya puerta cerraron.

Entonces comenzó el combate, combate sin duelo, combate salvaje, en que los campeones no tenían mas que un pequeño espacio para moverse; pero la cólera y la indignación habían triplicado las fuerzas de los amigos del rey, y á pesar de la inferioridad del número, pues eran cuatro contra ocho, no dudaron un instante en atacar. El valiente Ramsay se dirigió al conde de Gowries, y aunque este le había hecho una ancha herida en el brazo izquierdo, le atravesó el corazón con su espada como había hecho con Ruthwen. De los siete escuderos que le habían acompañado, tres cayeron muertos, y los otros cuatro, cubiertos de heridas, huyeron y desaparecieron en los tortuosos callejones del castillo.

Casi en el momento en que el traidor Gowries caía á los golpes de Ramsay, el conde Marr y Lennox por otra parte echaban al suelo la puerta y libraban al rey.

Jacobo, libre por una especie de milagro de tan inminente peligro, se arrojó y dió gracias á la Divina Providencia de haber salvado la vida. Después, volviéndose hacia los que acababan de darle tan leal y precioso testimonio de su fidelidad y valor, les dijo:

—Milores y señores, jamás olvidaré el servicio que acabais de hacerme. Confieso que me he conducido hoy menos como príncipe prudente, que como crédulo alquimista: esta aventura sirve para manifestar á la Escocia y á la Europa entera vuestra lealtad y vuestro indomable valor, y yo la miraré como digna de ocupar una página en la historia de este país. Este día ha sido bueno para todos. Yo he recibido una lección de que prometo aprovecharme, y vosotros habeis conquistado una palma bien rara y espléndida, la que da el honor á la fidelidad y á la piedad filial.

Se dice, asegura Mailland, de cuya historia hemos tomado una parte de esta relación, que habiendo registrado los bolsillos del conde de Gowries, para ver si se encontraban algunos papeles que pudiesen dar alguna luz acerca de la conspiración, se le encontró un paquetito de pergamino sellado y lleno de caracteres mágicos. Parece que el conde tenía en él toda su confianza, puesto que siempre lo llevaba encima. Este talismán no impidió su muerte, pero se notó que en tanto que le tuvo en el bolsillo no brotó sangre de la herida; pero cuando se le quitaron salió en abundancia.

No discutiremos este hecho, cuya responsabilidad dejamos á Mailland. Todo lo que podemos decir es que los amuletos, los talismanes, los encantamientos y otras drogas son de la supersticiosa Italia, que por aquel entonces emponzoñaba la Europa con sus astrólogos.

Las memorias manuscritas de Buckingham no hablan de esta particularidad; pero el favorito de Jacobo da á entender que las investigaciones hechas en los bolsillos de Gowries y Ruthwen para descubrir el hilo de la conspiración, no fueron infructuosas. Pero las ramificaciones de este singular atentado se estendian tan lejos y comprometian tantos personajes, que el rey creyó prudente guardar un absoluto silencio sobre esta epígrafe presbiteriana, y se hizo correr la voz de que los Gowries no tenían cómplices, y que no se había encontrado nada que lo hiciera creer.

Una palabra de Jacobo al embajador de Francia dejó entrever algo de la verdad que se queria ocultar.

—Escribid á vuestro señor que no he encontrado el tesoro que se me había prometido, ni la muerte que me habían reservado. Si quisiere saber mas, que se dirija á la reina de Inglaterra.

Cuando tres años después Jacobo VI, rey de Escocia, subió al trono de Inglaterra por muerte de Isabel, su primer cuidado fué mandar que el aniversario de este acontecimiento se celebrase con acciones de gracias: tan profunda era la huella que el día 5 de agosto de 1600 había dejado en el alma de Jacobo, que por este *memorandum* vengaba de un golpe á su madre, á la Escocia y á sí mismo de las persecuciones de Isabel.

TIPOS DE PARIS.



La aguadora.

cuando el rey, dotado de una fuerza muscular poco común, arrastró á Ruthwen hacia la ventana, que casualmente estaba abierta.

Los cortesanos pasaban en este instante bajo las ventanas con el conde de Gowries, como hemos dicho, y oyeron al rey que gritaba: «¡Que me matan! ¡que me matan!» El duque y el conde de Marr reconocieron la voz del príncipe, que Gowries fingió que no había oído. Erskine, primer escudero del rey, y su hermano, se lanzaron entonces sobre el conde, llamándole traidor; pero los criados de Gowries los separaron. En este momento la confusión había llegado á su colmo; los lores de la comitiva del rey se apearon, y se agrupaban para entrar por una pequeña poterna que Erskine había abierto á fuerza de golpes con la culata de su carabina, y en tanto que Gowries y sus criados ganaban á favor del tumulto la escalera secreta, cuya puerta habían tenido la precaucion de dejar entreabierta, se oían las robustas voces de Lennox y el conde de Marr, que decían: «¡Salvemos al rey, señores! ¡salvemos al rey ó perezcamos con él!»

En tanto que esta indescriptible escena de confusión y alarma, pasaba á sus piés, por decirlo así, Jacobo había llevado á Ruthwen hasta la puerta del gabinete que por desdichado se había dejado abierta. El rey se había llegado á apoderar de él de tal modo que tenía su cabeza debajo del brazo, y con sus rodillas le sujetaba el cuerpo. En esta postura no solo le impelia vigorosamente hacia la escalera, pero todavía intentaba arrancarle la espada para atravesarle el corazón.

El silencio centinela que Ruthwen había colocado al lado del rey, los seguía paso á paso, pálido y asustado, pero